

creación. Todo participa de él, y nuestros conceptos opuestos de las cosas alcanzan una integración y coincidencia en la idea exacta y una que Dios tiene de ellas. El punto de partida y clave de todo el sistema integrador es Dios; el principio organizador es la idea de participación, vertida sobre la finitud de la criatura y sobre la finitud de nuestro conocer; el resultado sistemático es una ilimitada posibilidad de perspectivas, que pueden ser variables y verdaderas, por la inagotable riqueza del ser, o inagotable imitabilidad de Dios, pero que tienen un canon fijo de rectitud y validez, y pueden, por tanto, ser también no sólo inadecuadas y parciales, sino simplemente falsas.

Así se perfila un humanismo de ancha base, no precisamente cerrado ni oprimido por cuadros impuestos desde fuera. Es un humanismo integral, con todas sus aberturas al ser y a la realidad, a toda la realidad; abertura que no es un predicado accidental del hombre, sino algo que va con su esencia. Platón busca la interioridad, porque en ella se reencuentra el más hondo sentido del hombre, su afinidad con el mundo de las ideas, eco, ahora excitado, de una preexistencia hiperurania. Agustín pasa, a través del hombre interior, hasta Dios y la verdad que habitan dentro de él. Heidegger cifra, a su manera, el humanismo metafísico en el originario parentesco del hombre con el ser. No salimos del hombre, pero en el ámbito de lo humano hallamos lo que trasciende al hombre.

A diferencia de él, el otro humanismo se dice abierto; pero, en realidad, sus aberturas son sólo pasos interiores dentro de un recinto clausurado; el espíritu no sale de sí mismo a la luz; es también el hombre, pero el hombre al que se le han cegado los ojos, o se les ha obligado a no moverse sino hacia un espacio interior, la propia vida, el propio problema; un humanismo en todo caso mutilado.

FILOSOFÍA PERENNE Y "PAIDEIA"

Y aquí se dibuja un último aspecto fundamental de la filosofía perenne, su cometido "pedagógico". Una vez más es actual el lenguaje poético de Platón, que ha enlazado los conceptos de verdad y de *paideia* en el célebre mito de la caverna (12). Heidegger le ha dedicado un detenido y sutil comentario (13). La verdad se caracteriza, en su significado etimológico griego, como des-velación (*alétheia*). La condición humana en este mundo es similar a la del encadenado en el fondo de la cueva, obligado a no alimentar su vista más que con las sombras que se proyectan en la pared. Si alguien fuera llevado a la claridad de fuera, quedaría maravillado con la vista de los verdaderos objetos iluminados por la luz del sol; comprendería entonces que había salido de una cárcel y se sentiría liberado. Pero el símil platónico no termina con esta fase de liberación individual. Hay un último episodio de gran valor humano, y es la vuelta del hombre liberado a la cueva, y su encuentro con los antiguos compañeros de cárcel. Su mensaje de la

realidad de fuera les parecerá un sueño; su doctrina será escarnecida y él correrá peligro de ser matado por enseñar la verdad. Tan acostumbrados están aquellos hombres a sus sombras y a sus cadenas. Su mundo les parecerá el único verdadero y el otro una fantasía. He ahí la ardua y arriesgada misión de toda humana *paideia*.

La filosofía fué siempre comunicativa y "pedagógica"; *paideia* y filosofía van muchas veces enlazadas con signo de identidad en Platón (14). Sócrates le dió la forma humana de diálogo; frente a los sofistas amantes del discurso, él introdujo el diálogo; en él se traban dos vidas y constituye el mejor instrumento para alumbrar con arte mayéutica la verdad que está en germen en el interior del hombre. Diálogo y lección son las formas externas a que se acomoda una tradición filosófica que va ininterrumpidamente desde los griegos hasta fines del Medievo. Después abundan más los ensayos, pero aun allí donde la filosofía comienza más a-pedagógicamente, con un monólogo o confesión, como en Descartes, termina haciéndose diálogo. Hoy puede decirse esto una exigencia universal. Todos queremos oírnos, es decir, entendernos, y sumar esfuerzos en un diálogo abierto, constructivo y humano. La filosofía perenne no tiene por oficio suyo sentar cátedra para otras filosofías. Tiene una alta misión pedagógica en el presente, pero su cumplimiento está más en su ejemplo que en una didáctica afectada. El hombre actual sufre el tremendo embate de la crisis; se siente tentado de desaliento, de inacción, de reducir sus horizontes a los *idola specus* de su interioridad problemática, de dar por sueño toda otra perspectiva superior, de rebelarse contra el que le anuncie un mundo exterior de esperanza. La filosofía perenne debe apuntalar la fe en el hombre, en el hombre completo, yendo delante con su atuendo filosófico, capaz de sostener en sus ojos la luz de una verdad objetiva, que, siendo más que el hombre, se ha ido descubriendo a sí misma al hombre relativo e histórico, y seguirá siendo una promesa para todo sincero y abierto investigar humano.

LUIS MARTÍNEZ GÓMEZ, S. I.

(14) Véase *Rep.* 498 b; *Epist.*, VII, 328 a.

¿Letras, Historia, Humanismo?

Aun a trueque de aparentar que suscito cuestiones pedagógicas ya juzgadas, quisiera llamar la atención de los lectores hacia un problema que está en la base de la Facultad de Filosofía y Letras—integrada hoy día con la nueva sección de Filología Moderna—y aun de cualquier estudio serio de idiomas, ya antiguos, ya modernos. El nudo de la cuestión estriba en saber si basta para dominar una lengua, una cultura extranjera, la labor lingüística, el específico quehacer filológico, o si es preciso complementarlo con las lecciones que nos dan la Historia, con la Geografía, el arte, las instituciones, el folklore, etc. No podemos disimular que nosotros postulamos la segunda

(12) *Rep.* 514 ss.

(13) Obra antes citada *Platons Lehre...*

solución. Pero ¡cuántos parecen ignorarlo! Hoy día se ha generalizado el estudio empírico de las lenguas, casi únicamente con fines comerciales; para muchos el problema de la lengua estriba en poseer un buen diccionario manual, el cual, como si tuviera propiedades mágicas, les dará en cada caso la solución del problema, de la dificultad en la traducción de la obra extranjera. Todo ello mientras nos llegan los nuevos *robots* que de una manera automática nos darán la traducción de los textos, no ya en una, sino en diversas lenguas (!). Así se comprende que haya tantas traducciones que son verdaderas traiciones al texto original, en el sentido de que éste queda minimizado, deficiente, desnaturalizado; en suma, que se escapa parte del contenido primigenio que se pretende traducir. Sin embargo, es un deber subrayar que la palabra "Filología" se emplea—por ejemplo, en nuestra *Revista de Filología Española*—en un sentido muy amplio, integral y humanístico, en el cual caben gran parte de las actividades literarias e históricas.

Nunca como en los luminosos días del Renacimiento se dió una dedicación tan feliz y eficiente hacia la antigua cultura clásica. El Humanismo no era sólo una disciplina científica, sino una a modo de vinculación con el espíritu que rigió aquella antigua edad de oro; era una vivencia, o mejor una convivencia con los autores clásicos de la antigüedad; era el designio de moldearse según el espíritu que presidió aquella cultura estudiada. Tal fué ese designio de fidelidad, de una armónica y unísona convivencia, que casi se llegó a ridículas exageraciones. Así tenemos al cardenal Bembo, tan solícito de que su estilo fuera casi una transliteración del de los autores clásicos latinos, que no dudó en evitar en lo posible la lectura de la Biblia Vulgata, escrita por San Jerónimo en el latín más corriente y popular, a fin de evitar el peligro de que su latín se contaminara con aquellos vulgarismos.

Pero es un deber registrar que, en general, los humanistas no sólo luchaban con textos literarios, no sólo hacían paleografía y crítica textual, sino que, para mejor entrañarse en el espíritu de aquellos textos, de aquella cultura clásica, estudiaban a fondo la historia antigua, ponían a colación la Arqueología, la Numismática y demás ciencias auxiliares de la Historia. Aquí tenemos el áureo ejemplo de nuestro inmortal Luis Vives, quizá el espíritu más señero y ecuánime de todo aquel Renacimiento, cuyo latín es para los técnicos el mejor dechado de la latinidad renacentista, superior casi al mismo estilo de Erasmo. Pues bien: Vives, angustiado por el espectáculo de la Europa dilacerada al irrumpir la Reforma protestante, creyó que sería de la mejor actualidad publicar, con la mayor solvencia, la gran obra *La Ciudad de Dios*, de San Agustín. Y nuestro eximio humanista se volcó para que su labor fuera definitiva y completa, y sus notas y apostillas a la obra de San Agustín son la mejor guía para entrarse en ella; pero tales notas y comentarios suponen una titánica labor en la cantera de la Historia, de la Filosofía, Teología, etc., a fin de iluminar adecuadamente aquel magno escenario de *La Ciudad de Dios*. Otro ejemplo tenemos en nuestro Rodrigo Caro, gran classicista, que no rehusó emprender excavaciones, consultar la Arqueología, a fin de adentrarse más y más en el espíritu de la cultura clásica.

De modo que, en general, el Humanismo significa una formación integral, verdaderamente humana, en torno a la cultura clásica, que era el norte de sus desvelos.

Pero esta formación humanística, al correr de los tiempos, tuvo su bajamar: a finales del siglo XVIII y lo largo del XIX soplaron otros vientos, los vientos de la cultura especializada.

Se resquebrajó aquel bloque diamantino del humanismo y aparecieron los simples lingüistas o filólogos, al lado de los geógrafos y exploradores, de los arqueólogos, etc. No puede negarse que con la progresiva amplitud de los temas estudiados se exigía cierta especialización. No era posible llevar un frente común a todas las ramas de la cultura, como hacía el antiguo humanismo. Y podemos decir que fué Alemania la cuna de esta cultura especializada; allí, a lo largo del siglo pasado sobre todo, se trabajó en profundidad, en especialización y en detalle todo lo que dejaba de hacerse en amplitud. De modo que ya el simple filólogo quedó escindido, a menudo, en el especialista en Fonética o Lexicografía, en Morfología o Sintaxis; luego vino el comparatista, que en modo alguno podía equipararse con el antiguo humanista. Fué el período de aquellas tesis doctorales que llegaban ya al límite de la especialización, con temas como, por ejemplo, los adjetivos de color en tal autor clásico o la terminología bélica de tal historiador. Claro está que todo ello suponía un positivo avance en el conocimiento objetivo de la ciencia, pero también podía ser en detrimento de la capacidad formativa de la cultura, y recordamos que algunos espíritus germánicos protestaron contra esta abusiva especialización en los estudios filológico-literarios, y sostienen que, en todo caso, jamás debían desconectarse de aquella formación clásica-humanística.

Pues bien: España no podía estar al margen de todos aquellos vientos en la didáctica literaria, y la Facultad de Filosofía y Letras—equivalente a la antonomásticamente llamada Facultad de Letras en el extranjero—se escindió, a principios de siglo, en las tres secciones de Filosofía, Letras e Historia, plan con el cual estudiamos los que estamos ya en la última pendiente de nuestra vida. De modo que esta división tripartita en el plan de nuestra Facultad ya indicaba cierto designio de especialización en su estudio; el alumnado, después del segundo año de estudios comunes, tenía que saber y elegir cuál de aquellas direcciones le era más propicia a sus gustos. Pero como quiera que aquella división era solamente un punto de partida inicial dentro de la gran complejidad de la enciclopedia humana, vinieron, a finales del período de la Monarquía, nuevas exigencias en pro de una mayor especialización, y entonces las dos secciones básicas de Letras e Historia sufrieron una serie de nuevas subdivisiones, y así nacieron las especialidades de Filología Clásica, Semítica, Románica, Moderna, etcétera; y en Historia, por otra parte, se dibujaron otras tantas secciones: Historia Antigua, Historia Media, Historia Moderna, Contemporánea, de América, etc., y hoy se habla de una sección nueva de Geografía. De modo que ya se llegó muy adelante en el camino de la especialización: ya había licenciados en Historia Antigua, Historia Moderna, en Filología Clásica, Filología Semítica, los cuales debían ser tanto

más maduros en aquella disciplina cuanto más limitado era el campo de ésta.

Pero, claro está, las condiciones prácticas de la vida no marchaban al compás de aquella máxima especialización: el problema de la *salida* del nuevo licenciado especialista parecía algo precario; algunos espíritus irónicos y desgarrados ya ridiculizaban al futuro especialista, salido de las aulas universitarias conociendo sólo dos o tres reinados de la Alta Edad Media o de la Edad Moderna. Así es que, después de la Liberación, ya se hizo marcha atrás en ese sentido de la especialización y se volvieron a refundir todas aquellas secciones históricas especializadas en una sola sección de Historia. Y entre las diversas secciones hay como un intercambio de cursos, de modo que profesores de las secciones de Filosofía y de Historia explican cursos de sus respectivas disciplinas en las diferentes ramas de la sección de Letras, y viceversa. Todo ello nos evidencia que se quieren evitar los peligros de la excesiva especialización y salvar el ideal de integridad cultural humanística.

Yo, por mi parte, he de decir que nunca me he cansado de aconsejar a mis alumnos, en clases de Filología, que debían consultar sin descanso las grandes obras históricas o literarias, las fuentes. Y es que, casi inconscientemente, el alumno de clase de Filología

tiende a esperar todo del diccionario, de la lingüística, y pelagra de inhibirse de la lección eterna de la vida. Y entonces su visión de aquella cultura queda muy deficiente, como cercenada; lo adjetivo pasa a categoría de sustantivo, y la misma traducción, con la única ayuda del diccionario, queda como mecánica y estéril. Es preciso embeberse del espíritu que destilan los grandes autores de aquella cultura, seguir los altibajos de su historia, sus crisis y sus éxitos, sentir como propio el canon moral y religioso, el gusto artístico, el criterio social que informó aquella civilización, y así, poseyendo una información adecuada, se dispondrá como de una pauta de contexto que permitirá calibrar felizmente la traducción, la valencia de la palabra, de la frase, del modismo.

En general, no cabe escindir en lo humano el aspecto histórico y el literario, ya que todos ellos se interfieren en la gestación de nuestro quehacer, ambos son dos momentos, dos vertientes de nuestra fisonomía. Y el estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras, que se propone detectar con la máxima fidelidad el fenómeno humano, ha de sintonizarse adecuadamente, o sea equiparse de un modo integral en el sentido del perenne humanismo.

JOSÉ MARÍA MILLÁS VALLICROSA

crónica

Reunión en Madrid de la Comisión internacional para el estudio y mejoramiento de la enseñanza de las Matemáticas

Continuando la labor de intercambio, coordinación y difusión de los trabajos de sus miembros, la Comisión internacional para el estudio y mejoramiento de la enseñanza de las Matemáticas ha celebrado en Madrid, del 21 al 27 del pasado mes de abril, su XI Reunión. Las sesiones de trabajo han tenido lugar en el Instituto de San Isidro, con participación de numerosos profesores de Alemania, Bélgica, Francia, Gran Bretaña, Italia, Portugal, Suiza, Uruguay, Yugoslavia y España.

Es la primera vez que la Comisión se ha reunido en nuestra patria, y, según anunció el secretario de la misma en la sesión inaugural, esta reunión ha tenido características especiales que la distinguen de las anteriores, tanto por el número de asistentes (más de 50 profesores extranjeros y cerca de 200 españoles)—representantes de la enseñanza oficial y privada—como por el hecho de celebrar sus sesiones por primera vez en la capital de una nación (todas las precedentes tuvieron lugar en poblaciones pequeñas apartadas de las

grandes concentraciones urbanas) y por el tema general del Congreso: "El material de enseñanza", que, por llevar aneja la exposición internacional de modelos, perfectamente instalada en las galerías del Instituto, había despertado enorme interés en los medios profesionales.

Los trabajos de la Reunión han consistido en: 1. Conferencias. 2. Trabajos de seminario de las subcomisiones. 3. Proyección de *films* matemáticos. 4. Clases experimentales. 5. Visitas a la exposición.

CONFERENCIAS

En la sesión de apertura, después de las palabras de saludo pronunciadas por el presidente de la Comisión, profesor Gustavo Choquet, de la Facultad de Ciencias de la Sorbona, y del informe de actividades de la Comisión desde su fundación en 1950, hecho por el secretario, profesor Caléb Gattegno, del Instituto de Educación de la Universidad de Londres, pronunció una brillante conferencia sobre "El papel de lo concreto en Matemáticas" el profesor Puig Adam. El martes, día 23, tuvo lugar la conferencia del profesor Willie Servais, del Ateneo del Centro, en Morlanwelz, y presidente de la Sociedad belga de profesores de Matemáticas. Y, finalmente, el profesor Choquet expuso al día siguiente, en la Academia de Ciencias, "La teoría moderna del potencial". Difícil recoger en una crónica, necesariamente reducida, el cúmulo de ideas contenidas en las disertaciones de estos tres maestros, que fueron seguidas de animados coloquios y controversias. Intentaré resumir algunas de las que se relacionan más directamente con un mejoramiento de nuestra didáctica.